

Rozando la guerra mundial

EL ABORTO DE CARTER

EDUARDO HARO TECLEN

PROBABLEMENTE la noticia más inquietante de todas las que se han acumulado tras el fracaso de la Operación Carter en el Irán es la de que el 75 por 100 de los ciudadanos de los Estados Unidos la aprueban y son partidarios de que se reemprenda de nuevo algo parecido: una expedición militar de rescate y castigo. Refrenda algunas ideas generalmente poco populares de la crítica histórica: que aquellos dirigentes que han provocado grandes catástrofes no han estado nunca solos (más que cuando han perdido definitivamente), sino sustentados por una mayoría de sus naciones. Hitler fue un personaje seleccionado por un país derrotado y humillado, por un ejército vencido que creía en la tesis de la "puñalada por la espalda", por unos industriales condenados a no producir, por la miseria, el hambre y la inflación. Mussolini nació del caos económico y social de la Italia de los años veinte, y Stalin, de la vieja opresión del zarismo, del "cordón sanitario" y los cuerpos expedicionarios de las potencias europeas, de la guerra civil y del hambre.

Frustraciones viejas

Carter es ese hombre que en un momento dado —tardío, sospechoso— ha tratado de recoger viejas y nuevas frustraciones. Algunas vienen de muy lejos. Quizá desde el momento en que se anunció que la URSS tenía la bomba atómica y se produjo la reacción que conocemos con el nombre de "Era McCarthy", muchos de cuyos componentes de histeria y miedo reaparecen ahora. Se podría hacer un inventario somero: la inútil guerra de Corea, la instalación del comunismo en Cuba, el asesinato de Kennedy, la pérdida de la guerra en Vietnam, la caída de Nixon. Sin fechas, como un sustrato de todo, el desafío del tercer mundo, la caída del dólar, la desconfianza de los aliados europeos, la inseguridad en África, en Asia y en todo el continente americano. Hace treinta y cinco años, al terminar la guerra, los Estados Unidos tenían la noción de que eran el pueblo más fuerte del mundo y el orgullo de su doctrina, de su filosofía. En este brevísimo tiempo, todo ha degenerado, todo se ha corrompido. Saben que son vulnerables a las armas nuevas.

que las fuentes de materias primas sobre las que se basa su industria se les están cegando y que nadie cree en su filosofía de la libertad y la democracia. Su sociedad está rota, hay miedo en sus ciudades.

El carisma del perdedor

De todo eso surge Carter. Es, a distancia de observación, asom-

lenguaje de teatro, y también se sabe en el teatro que un cómico que sobreactúa impulsado por el público se está ganando una ovación. Nada más teatral que este último gesto, después del fracaso de la operación de Irán: "Yo soy el único responsable". Inmediatamente después se sabe que el 75 por 100 de sus conciudadanos le apoyan y le insisten en que vaya más lejos.

Lo que se sabe de esta operación fallida es muy poco y muy confuso. Es probable que se tar-

cedentes de éxito, desde la liberación de Mussolini en el Gran Sasso hasta la operación de Israel en Entebbe, o la alemana en Mogadiscio; pero los hay también de graves fracasos, como la de los alemanes en la Olimpiada de Munich. No parece que esta operación fuese realista. Pero hay una forma optimista de trabajo de los servicios de inteligencia de los Estados Unidos que ha conducido a desastres similares o peores: el desembarco en Bahía de los Cochinos, el asunto del U-2 —una de las más graves humillaciones de un Presidente de los Estados Unidos— o la creencia de que unos cuantos soldados y unos cuantos aviones iban a dominar la situación en Vietnam. La alternativa de éxito podía ser también mesmerizante para Carter, que, de haber conseguido liberar vivos a los rehenes, se habría convertido, de verdad, en el gran héroe mundial con el que sueña por las noches, como un personaje de Woody Allen.

Sin embargo, la operación fue preparada "minuciosamente" —dice Carter— nada menos que a partir del momento mismo en que la Embajada en Teherán fue ocupada: es decir, cinco meses. Se seleccionaron voluntarios, especialmente adiestrados en esta clase de operaciones; se les dio una preparación especial. Carter habló personalmente con sus jefes; se debieron comunicar mutuamente un optimismo insensato. Y la operación se lanzó. Y fracasó. Este fracaso, de perfiles misteriosos, no hace más que ridiculizar —si no fuese una tragedia— la minuciosidad, la técnica, la preparación y el optimismo.

¿Qué hicieron los soviéticos?

Pero, ¿por qué fracasó? Las razones, el desarrollo del hecho, la retirada, están en la oscuridad. Según Carter, él mismo dio la orden de retirada cuando ya los aviones estaban en el suelo y cuando, según parece, el comando de rescate había salido ya en automóvil hacia Teherán, donde deben estar todavía disfrazados de iraníes y difícilmente recuperables. Había, dice el Presidente, averías en el sistema de un helicóptero. Parece insuficiente. Hay otras informaciones, naturalmente no comprobadas, pero que entran en lo posible: el lugar de



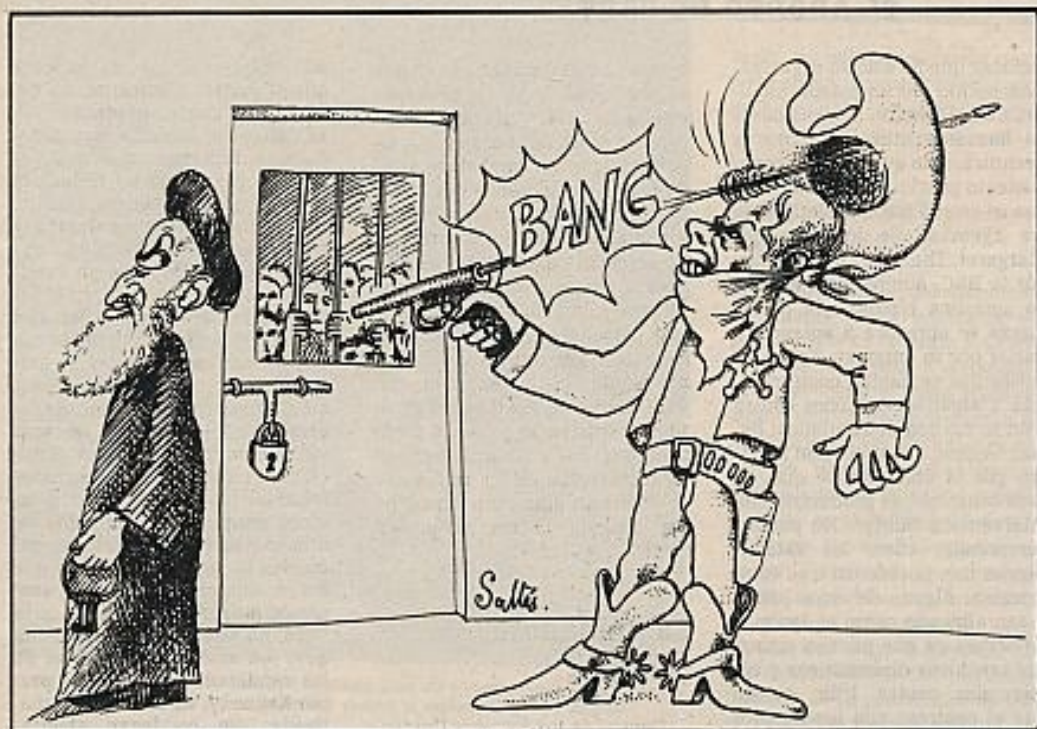
Tras el fracaso de la operación norteamericana en Irán, dentro de los Estados Unidos la condena a Carter abunda en los medios políticos, aunque la actitud de la opinión pública ha sido muy distinta: un 75 por 100 de los ciudadanos aprueba la operación y es partidario de que se reemprenda algo parecido.

broso. Nada en la figura y en el pensamiento de este hombre torpe, desmañado, triste y perdedor puede indicar que sea el gran dirigente carismático de un momento decisivo, de una bisagra de la Historia. A no ser una comprensión de que el mismo movimiento degenerativo ha llegado tan profundamente a la sociedad americana que se pueda creer que Carter represente el papel de héroe nacional y que los otros dirigentes posibles son aún peores. El hecho es que desde el momento en que Carter declara su visión nocturna de la realidad del mundo y aparece como un converso en el camino de Damasco, con ocasión de la invasión soviética de Afganistán, empieza una nueva carrera y alcanza un nivel de adhesión popular que no había tenido nunca desde su elección. Desde entonces se pone a sobreactuar, como se dice en el

de mucho tiempo en conocer la verdad del asunto. Las informaciones de ahora son poco fiables: están intoxicadas por todas partes. Sin embargo, hay que tratar de abrirse un camino entre ellas.

Una terrible novela

En principio hay algo que no se entiende: cómo creyeron Carter y sus asesores militares que una expedición de noventa hombres podría abrirse paso hasta Teherán, llegar a la Embajada de los Estados Unidos, que está cercada noche y día; penetrar en ella y liberar a cincuenta rehenes que viven prácticamente apuntados por las metralletas de unos fanáticos; llevarlos de nuevo hasta los helicópteros y sacarlos sanos y salvos. Hay algunos pre-



aterrizaje —una zona desértica, cerca de Tabas— está a doscientos kilómetros de Afganistán. Los soviéticos tienen guarnecida esa frontera con todos los sistemas posibles de detección y alerta, los cuales sistemas advirtieron a tiempo de la llegada de aviones y helicópteros americanos. Se dice también, y probablemente es una forma de sobrestimar los servicios de Información de la URSS, que Moscú estaba al corriente de la operación y que tenía aviso desde que los aparatos salieron de Egipto, unos; del portaaviones

'Nimitz', otros. En la espantosa madrugada de la Casa Blanca sonaría el "teléfono rojo" y el propio Brejnev advertiría a Carter de su decisión de enviar aviones de combate para acabar con el comando de los Estados Unidos en Irán. Y Carter se volvió atrás.

Esta explicación es fantástica. Pero no es menos fantástica que la oficial: la suspensión repentina de la operación por fallos mecánicos. No es concebible que una operación de esa envergadura y de ese riesgo, realizada por un ejército dueño de una técnica

considerable, estuviera sometida a la posibilidad de fallos mecánicos. Las explicaciones, a partir de ese punto, se van haciendo más confusas. El Pentágono —Brown, secretario de Defensa— llega a decir que fueron tres los helicópteros averiados. Y que todo se complicó cuando pasó un autobús iraní: hubo que detenerle y apresar a sus cincuenta atónitos ocupantes (no se sabe oficialmente dónde están: se supone que fueron liberados en la retirada).

Sería entonces cuando Carter

dio la orden de retirada. Y entonces se produjo otra catástrofe: uno de los aviones chocó contra un helicóptero superviviente de los fallos mecánicos, o quizá chocaron dos helicópteros (hay contradicciones): se atribuye el suceso a la oscuridad de la noche, lo que parece también inconcebible si se reconoce una perfección técnica para estas operaciones nocturnas (tantas veces realizadas en Vietnam). Parece que cinco aparatos quedaron en el suelo. Y no se sabe exactamente cuántos hombres. Carter dice que ninguno. No es necesario creer a Carter ni a Brown.

El bombardeo de los invasores

Poco después se produjo otro hecho poco explicable: la aviación iraní se precipitó sobre el lugar del aterrizaje y bombardeó cuidadosamente los restos de los aparatos inmovilizados. No es fácil explicarse por qué. La captura de los restos podía haber sido de gran utilidad no sólo para los técnicos militares, sino por la existencia posible de documentos, de planes, de órdenes de combate. Todo ha sido destruido, si es que de verdad ha sido destruido.

Y aquí nace otra especulación, otro rumor. Los soviéticos de la frontera de Afganistán —o de donde fuese— no se habrían limitado a advertir a Carter de su posible intervención, sino que de verdad habrían intervenido. Habrían sido sus propios aviones de combate los que habrían forzado

Cyrus Vance presintió el error

Parece que entre las escasísimas personas del círculo mágico de la Casa Blanca en que se pensó y decidió la Operación Relámpago Azul de intervención en el Irán, una sola se opuso: Cyrus Vance, secretario de Estado. El contrapeso en estos últimos años de Brzezinski, defensor siempre de la manera fuerte. Vance anunció a los entusiastas insensatos que la operación era mala de por sí, independientemente de cuál fuera su resultado; y presentó su dimisión, comprometiéndose a no hacerla pública hasta después de la operación, para no dar así ningún indicio de ella. Efectivamente, el lunes por la mañana se anunciaba que Cyrus Vance dejaba el Departamento de Estado y regresaba a la vida privada. Esta dimisión es un duro golpe para el Presidente Carter: demuestra que el error estaba presintido desde dentro mismo del grupo de sus íntimos y que no atendió a las razones de quien, por su cargo, tenía la mayor información y sensibilidad en cuestiones de política exterior. Supone también un momento grave: el contrapeso de Vance ha sido muy útil para moderar la política imperial; ahora va a faltar.



EL ABORTO DE CARTER

a aterrizar, y tal vez hubiesen destruido en el suelo, los aviones de los Estados Unidos. El "teléfono rojo" habría funcionado después de esa intervención, y Brejnev habría dicho a Carter que acababa de dar una prueba de su decisión de impedir cualquier acción militar en el Irán, incluso hasta llegar a un enfrentamiento directo con los Estados Unidos. Carter y sus consejeros habrían dado inmediatamente marcha atrás; la crisis les sobrepasaba. La invención de los fallos técnicos habría sido acordada directamente con el Kremlin: los dos países habrían convenido en guardar secreto. La aviación iraní habría acudido inmediatamente después —por acuerdo con la URSS— para borrar las huellas con el bombardeo, con el ametrallamiento de lo que ya podía estar bombardeado y ametrallado. Y Teherán tendría un nuevo motivo de agradecimiento a la URSS por haberle liberado de este ataque del que no tuvo realmente noticias hasta que todo había terminado. Las autoridades iraníes han confesado que no habían tenido noticia del ataque hasta que las difundieron las emisoras de los Estados Unidos y las agencias de noticias mundiales. Su primera reacción fue de incredulidad.

Todo es, al mismo tiempo, verosímil e inverosímil. Todo pertenece al mundo del cine, de la novela de política-ficción. Pero la realidad es que la principal inverosimilitud está perfectamente comprobada: que la operación insensata se puso en marcha, que fracasó rotundamente y que terminó en retirada con apuros y dificultades. A partir de ese disparate, todos los demás disparates, especulaciones, rumores y fantasías parecen permitidas. Lo que parece más difícil de aceptar, ocurre: que los Estados Unidos, que el mundo estén en manos de alguien como Carter. Y, si se quiere, de alguien como Jomeini.

El mundo es distinto

Parece que, después de la desastrosa aventura, el mundo es algo distinto de como era antes. La sensación de que se ha rozado una catástrofe mundial ha escalofriado a todo el mundo. Los aliados de los Estados Unidos refuerzan su impresión de que no pueden estar a merced de alguien que Moscú ha definido como "al borde de la locura". La OTAN, tan americana, tan intrínsecamente militar, se ha apresurado a demostrar su irritación, su disgusto: se apresura a

explicar que no sólo su organización militar no ha estado implicada en el asunto, que sus bases no han sido utilizadas para la aventura, sino que no tenía conocimiento previo. Schmidt declara que se enteró por los teletipos de las agencias de información; Margaret Thatcher, que lo supo por la BBC, aunque esta especie de amazona hipnotizada por la fuerza se apresura a aplaudir a Carter por su entereza. Todos los países que se habían comprometido a algunas sanciones contra Irán se sienten defraudados: habían llegado a esa decisión forzados por la amenaza de que, en caso contrario, se produciría una intervención militar. No pueden comprender cómo los Estados Unidos han faltado así a su compromiso. Alguno de estos países —tan alineado como el Japón— advierten ya que pueden retirar sus sanciones diplomáticas y comerciales contra Irán, puesto que el contrato con los Estados Unidos ha sido roto. El presidente del Gobierno italiano, Cossiga, ha condenado el acto; Francia no necesita tomar una posición visible, puesto que es obvio su distanciamiento de Washington, y el

hecho de que el mismo día en que se produjo el disparate Gromyko estaba en París y visitaba a Giscard en el Eliseo muestra que su política internacional sigue siendo propia hasta donde puede. La brecha entre los Estados Unidos y sus aliados estaba abierta: se ha ahondado más. Carter es sensible al desastre diplomático que ha provocado. Su llamada telefónica personal al Papa, su carta al secretario general de las Naciones Unidas contienen, sobre todo, el elemento que destacó ya en su declaración al país: no tenía más que fines "humanitarios" —la liberación de los rehenes— y "no iba dirigida contra Irán, no iba dirigida contra el pueblo iraní".

La cuidadosa condena

Dentro de los Estados Unidos, la condena a Carter abunda en los medios políticos, aunque, como queda dicho, hay una actitud distinta por parte de la opinión pública, por lo menos hasta este momento. El Ejército se siente

desprestigiado: la explicación oficial es, efectivamente, la denuncia de un fracaso profesional. El Congreso, burlado: hay senadores y representantes que entienden que Carter ha violado la Constitución y, concretamente, la Ley de Poderes de Guerra y sus sucesivas enmiendas, que trataron de evitar que un Presidente pudiera producir, en el futuro, situaciones que le llevaran a la guerra. El articulado de esa Ley es confuso, y Carter se ampara en que no era una operación de guerra, sino una operación de comando para rescatar vidas americanas en una situación de urgencia (la urgencia es relativa: los rehenes están detenidos desde hace veinticinco semanas y no estaban en estos momentos en un peligro mayor que antes, sino al contrario). La acusación mayor es la de que si no la letra, ha violado el espíritu de la Ley. Sin embargo, la actitud de los candidatos, a partir del propio Kennedy, es mucho más matizada. No condenan abiertamente la decisión de Carter, sino la poca eficacia con que la ha realizado. No quieren enfrentarse con la opinión pública, lo cual es muy sintomático de hacia dónde está encaminada esa opinión pública. Y da la medida del riesgo en que realmente estamos todos.

Irán, hacia la URSS

Para el Irán, la torpeza de Carter ha sido un maravilloso regalo. Un país roto, con combates callejeros entre izquierda y los religiosos, con guerra civil en las zonas curdas, con enfrentamientos muy duros en la frontera del Irak, ha encontrado un motivo para rehacer, provisionalmente, sin duda, su ímpetu revolucionario. El sábado, el domingo, las gentes acudían a militarizarse en la movilización nacional proclamada por Jomeini. Las calles se llenaban de manifestantes. La parte negociadora, moderada, del país, que representa Bani Sadr y su ministro de Asuntos Exteriores, se viene abajo. El país irradia de nuevo su irredentismo islámico y de tercer mundo: acusa la traición de Egipto —de cuyo territorio, precisamente el mismo que ampara al Sha, partieron los aviones—, expone su razón para combatir la fuerza del imperialismo. Algunos de sus dirigentes llegan a homologar la intervención de los Estados Unidos con la realizada por la URSS en Afganistán: es decir, el uso de la fuerza contra la voluntad soberana de los países. Y se ven necesariamente más aproximados a la URSS. Ya había comenzado a suceder con la aplicación de sanciones: Teherán había comenzado a buscar sus salidas hacia los países del Este, aun



Los restos de los soldados norteamericanos muertos en el fallido intento, son mostrados a los iraníes en Teherán.

sin dejar de condenar la acción soviética en Afganistán. Ahora, aun dejando aparte las posibles fantasías de la acción directa de la URSS en este caso, están convencidos de que el único país del mundo capaz de enfrentarse con los Estados Unidos si éstos intervienen militarmente en el Irán es la URSS, que, naturalmente, tiene razones propias para hacerlo —su frontera con este país y la misma frontera de Afganistán—, pero que son razones coincidentes. Hasta el momento, no se ha producido ninguna reacción directa contra los rehenes: el propio Jomeini parece apartarlas cuando, en su breve declaración posterior a los hechos, advierte una vez más que cualquier acción militar de los Estados Unidos pondría en peligro sus vidas. No considera que esta intervención haya sido suficiente, y hace bien. Cualquier acción contra los rehenes haría que la opinión pública mundial que ahora condena a Carter condenase inmediatamente al Irán y justificaría las "razones humanitarias" de Carter.

Cuidado con el aislamiento

Lo que está sucediendo en estos momentos es un aislamiento mayor de los Estados Unidos. Quizá el mayor que se produce desde la guerra de Vietnam. En este caso, la reprobación moral es inferior al miedo a su desbordamiento, a la capacidad de sobrerreacción. Un miedo justificado y razonable. Quizá el final desastroso de la operación haya sido mejor para el mundo que un éxito que hubiera ocasionado una matanza de iraníes, una serie de muertes entre los rehenes. Es un aborto satisfactorio. Pero parece que el aislamiento creciente de los Estados Unidos no es nada conveniente ni recomendable. El santonismo puede crecer y puede enterrarnos a todos, aunque no seamos filisteos. Sin embargo, no se ve salida inmediata. La única sería la de que Carter viese cortada su carrera hacia la Presidencia, aunque los otros candidatos sean casi tan desesperantes como él; aunque pueda esperarse que tengan mayor inteligencia y mayor sensatez a la hora de las decisiones. No hay todavía síntomas de que vaya a suceder así. Pero saber que se está en manos de ese Presidente, de ese estado mayor que forma el grupo de la Casa Blanca, es algo como para producir auténtica inquietud en todos los ciudadanos del mundo. Se está rozando el riesgo de guerra, y ya se sabe que una guerra futura puede muy bien ser la última. Porque después no habría ni siquiera combatientes. ■ Fotos: EUROPA.

PARA LA PROTECCION DE LA PERSONA HUMANA

La Carta Médica Internacional

A PENAS existen países en los que el respeto a los derechos de la persona humana —a cuya cabeza se sitúa su derecho más elemental: a la integridad de su cuerpo, a la continuidad de su vida— no sea violado a diario en mayor o menor medida.

Los miembros de la profesión médica se ven, con el mismo título de los policías, los magistrados o los militares, implicados en la tortura, bien sea porque son llamados a examinar a los presos torturados con el fin de que los torturadores no sobrepasen el umbral de tolerancia de un individuo o, caso de que este límite se rebasa, traten de reanimar a la víctima al borde de la muerte; bien porque facilitan y ponen a punto nuevos procedimientos y nuevas técnicas destinadas a reducir las secuelas objetivas a largo plazo. Otros médicos que intentan prestar asistencia a personas en peligro son condenados por el poder político, que establece una discriminación entre los enfermos o heridos: aquellos que deberán esforzarse en salvar porque piensan bien y aquellos otros que deberán abandonar al sufrimiento y a la muerte porque piensan mal.

No es posible que los médicos puedan seguir tolerando tal estado de cosas. Habiéndose consagrado a la misión de ayudar a las personas en desgracia, deben ayudar en toda circunstancia a aquellos colegas que respetan su juramento profesional y su razón misma de vivir, aun a riesgo de su propia vida, y deben rechazar a aquellos que, por prestar asistencia a los torturadores, se sitúan a sí mismos fuera de la profesión médica.

El ejercicio de la Medicina es independiente de todo poder político. Un médico no puede ser el auxiliar de un poder, cualquiera que éste sea. Está en el derecho y en el deber de obedecer o de resistirse, según las circunstancias, y si se resiste tiene

derecho a ser protegido. Las reglas éticas que rigen la profesión médica en todos los países del mundo le pertenecen como propias. Un médico debe tener la posibilidad, en toda circunstancia, de cuidar a un individuo en función de su sufrimiento, jamás en función de su raza, de su lengua, de su religión o de sus ideas.

Que los médicos se aúnen por encima de las fronteras para afirmar de una vez por todas esta sagrada verdad: la persona humana no puede ser objeto de ninguna sevicia corporal, de ningún atentado a su dignidad.

Que todo médico puesto en trance de asistir a sesiones de tortura tiene la obligación de denunciarlas, que todo individuo que colabore a tales atentados sea excluido de la Medicina por participación en crímenes contra la Humanidad, que todo médico que se esfuerce en oponerse en este punto pueda beneficiarse del apoyo moral y psicológico de todos sus colegas a través del mundo.

Se hace indispensable la creación de una Carta Internacional de Deontología Médica y de una Comisión Internacional integrada por médicos, abogados y magistrados encargada de velar por su aplicación. Esta Comisión será independiente de los Estados y exterior a ellos: sus miembros no representan más que a la Medicina, esto es, los derechos de la persona que sufre, y no de los Estados en que radiquen. Tal Comisión tendrá dos tareas esenciales: hacer respetar en toda circunstancia los derechos del enfermo o herido e impedir todo atentado a la integridad corporal o mental de un individuo; defender en todas las latitudes al médico amenazado en el ejercicio de su profesión.

El juramento que en todos los países debe prestar cada estudiante de Medicina antes de convertirse en médico tendría que incluir la afirmación de estos principios. ■

LISTA DE LOS PRIMEROS FIRMANTES

Doctor Julius Axelrod, National Institute of Mental Health, Bethesda (USA). Profesor Dirk van Bekkum, Radiobiological Institute, TNO, Rijswijk (Holanda). Profesor Claude Bezoume, Hôpital Ambroise Paré, Boulogne-sur-Seine (Francia). Doctor Gérard Bles, secretario de la Confédération des Syndicats Médicaux Français, París (Francia). Profesor Pierre Bovin, Hôpital Beaujon, Clichy (Francia). Doctor Charles Brisset, presidente del Syndicat des Psychiatres Français, París (Francia). Doctor Danièle Brochon, Hôpital Ambroise Paré, Boulogne-sur-Seine (Francia). Doctor Fabien Calvo, Intermes des Hôpitaux, París (Francia). Doctor Hubert Chimenas, París (Francia). Profesor Christian Conseiller, Hôpital Ambroise Paré, Boulogne-sur-Seine (Francia). Profesor G. K. Dakoz, Faculty of Medicine, Atenas (Grecia). Doctor Charles Dancou-Sollesau, París (Francia). Profesor Jacques Debary, París (Francia). Profesor Joseph Diallo, Dakar (Senegal). Sir Richard Doll, Master of Green College, Oxford University (Gran Bretaña). Profesor Jean-Claude Dreyfus, Hôpital Cochin, París (Francia). Doctor Colette Dreyfus-Brisac, director de Recherches INSERM, París (Francia). Profesor Michael Feldman, Weizman Institute (Israel). Profesor Silvio Garattini, Mario Negri Institute (Italia). Profesor Pierre Godeau, Hôpital de la Pitié, Pa-

ris (Francia). Doctor Henning Gotsche, University of Aarhus (Dinamarca). Profesor Marcel Goulon, Hôpital Raymond Poincaré, Garches (Francia). Profesor Jean Hewitt, Hôpital Tarnier, París (Francia). Profesor François Jacob, Premio Nobel, Institut Pasteur, París (Francia). Profesor François Jesso, Hôpital Necker, París (Francia). Profesor Marcel-François Kahn, Hôpital Bichat, París (Francia). Profesor Michel Katz, Hôpital Saint-Louis, París (Francia). Profesor Yvon Kenis, Jules Bordet Institute, Bruselas (Bélgica). Profesor Georges Klein, Karolinska Institute, Estocolmo (Suecia). Profesor Henri-Pierre Klotz, Hôpital Beaujon, Clichy (Francia). Doctor Cyrille Koupemik, París (Francia). Profesor René Kuss, Hôpital de la Pitié, París (Francia). Profesor L. G. Lajtha, director del Christie Hospital & Holt Radium Institute, Manchester, y presidente de EORTC, Bruselas. Profesor Alain Laugier, Hôpital Tenon, París (Francia). Doctor Serge Lebovici, París (Francia). Profesor Marcel Legrain, Hôpital de la Pitié, París (Francia). Doctor Raymond Leibowitch, París (Francia). Profesor Alfredo Leonard, Milán (Italia). Doctor Roger Levy, Hôpital Ambroise Paré, Boulogne-sur-Seine (Francia). Profesor H. C. Longuet-Higgins, Laboratory of Experimental Psychology, Brighton (Gran Bretaña). Profesor André Lwoff, Premio Nobel

(Francia). Doctor E. A. McCulloch, University of Toronto (Canadá). Doctor Christian Manuel, Hôpital Claude Bernard, París (Francia). Profesor Jean-Philippe Mery, Hôpital Tenon, París (Francia). Profesor Paul Milliez, Hôpital Broussais, París (Francia). Profesor Alexandre Minkowski, Hôpital Port-Royal, París (Francia). Doctor Jacques Monier, presidente de la Confédération des Syndicats Médicaux Français, París (Francia). Profesor C. J. Papadatos, Children's Hospital, Atenas (Grecia). Profesor Henry Rappaport, City of Hope Duarte (USA). Doctor H. Rekk, Stax (Túnez). Profesor Gabriel Richet, Hôpital Tenon, París (Francia). Profesor André Roussel, París (Francia). Doctor Maurice Sava, París (Francia). Doctor Nestor Scipioni, Bruselas (Bélgica). Profesor Léon Schwartzberg, Hôpital Paul Brousse, Villejuif (Francia). Profesor Henry Tagnon, Université Libre de Bruselas (Bélgica). Doctor Pierre Velly, París (Francia). Profesor Pierre Vernant, Hôpital Henri-Mondor, Créteil (Francia). Profesor C. Zidane, Centre Hospitalier Universitaire d'Alger (Argelia). Profesor Robert Zitoun, Hôtel Dieu, Clinique Hématologique, París (Francia).

Adhesiones información suplementaria: CHARTRE MEDICALE INTERNATIONALE 60, Bd La Tour Maubourg-75007, París.